



CAPITULO UNDECIMO.

Capilla de los Siete Dolores y de San Juan Evangelista.—Capilla Griega de Adam.—Tumba de Melquisedec.—Sepultura de Adam.—Loza funeraria de Felipe de Auvigni.—Plaza del Santo Sepulcro.—Capillitas de Santa María Magdalena y San Juan.—Capilla de Santiago.—Capilla de Santa María Egipcíaca.—Lugar del martirio de la venerable María de Portugal.—Capilla de San Miguel Arcángel.—Capilla de San Juan Bautista.—Convento Griego Cismático de San Abraham.—Capilla de los Cuarenta Mártires.

EALTANOS tan sólo dar una mirada á la capillita que existe al lado derecho del altar de la Crucifixión, y que se titula de los Siete Dolores y de San Juan Evangelista, llamándose así por ser éste el lugar donde la Virgen Santísima, acompañada del discípulo amado, de San Juan, permaneciera mientras los crueles

verdugos clavaran al Divino Jesús en la Cruz.

Tan sólo por medio de una reja de hierro, como de un metro cuadrado, comunica con el Monte Calvario, al que antiguamente servía de pórtico. Es bastante pequeña y su adorno es sencillo, tiene su altar y unas vidrieras de color, y pertenece á los PP. Franciscanos.

Descendamos la escalera por el lado Sur, y pasando las 19 gradas nos encontraremos, á mano derecha, con la capilla griega de Adam, la que está situada debajo del Monte Calvario. Antes era más pequeña, mas en el año de 1808, en que los griegos disponían del interior de la Basílica, adquirió una poca más de amplitud, y hé aquí explicado por qué quedaron comprendidos en este sitio los sepuleros de los cuatro primeros Reyes Latinos. Una puertecita pequeña que se encuentra en frente de la Piedra de la Unción, da acceso á ella, mirándose luego en la puerta dos pequeños bancos de piedra, colocados uno de cada lado, y que son monumentos nada menos que de Godofredo de Bouillon y su hermano Balduino I, quienes fallecieron en 1100 y 1118 respectiva-

mente. Penetrando á su interior, nos encontramos, á la derecha con otra entrada más que conduce á la sala de recepción de los griegos cismáticos, en la que siempre se encuentra uno de ellos y el que manifiesta al visitante la tumba de Melquisedec.

Fijémonos ahora en el fondo, y acompañados con el Sr. Obispo Fierro y el señor Deán de la Catedral, veremos una mesa de piedra que allí se encuentra y que según afirman reemplaza al antiguo altar de los católicos, en que diariamente ofrecían al Eterno Padre el sacrificio incruento de su Divino Hijo, en sufragio de las benditas almas del Purgatorio. Nos llamó la atención la excavación que en frente hay y que se distingue por medio de una lamparita, donde se observa la continuación de la hendidura milagrosa abierta en la roca del Calvario, y, según aseguran, éste es el lugar donde estuviese depositado por algún tiempo el cráneo de Adam, nuestro primer padre.

No habiendo más que ver en este sitio, con la venia del sacerdote griego nos retiramos para encontrarnos á la derecha el lugar contiguo al que sirve de coro á los grie-

gos cismáticos, donde antiguamente estaba ocupado por los monumentos fúnebres que contruidos todos de mármol, contenían los restos mortales de cuatro reyes que fueron de Jerusalem, los que respondían á los nombres de Balduino III, IV y V y Almerico, muertos en 1162, 1185, 1186 y 1175, sucesivamente. Mas los tiempos que todo lo consumen, y los griegos que todo lo destruyen, acabaron con ellos en los años de 1808 y en su lugar pusieron lo que ahora ve el peregrino, es decir, dos gradas que de la Piedra de la Unción distarán unos cuatro metros, y en las que la gente se coloca casi siempre, ya para descansar, ya para libertarse de los ultrajes que se reciben por la aglomeración de visitantes, ó ya también para poder presenciar con desahogo las procesiones ó actos piadosos que con frecuencia tienen lugar.

Demos una vuelta más para acabar de satisfacer nuestra devoción, así como también la curiosidad, y digamos cuatro palabras, con lo que habremos terminado nuestra visita y descripción de la hermosa Basílica del Santo Sepulcro, que ha grabado tan imperecederos recuerdos en nuestro corazón y

la que nunca jamás se borrará de nuestra imaginación, á pesar de que aun tenemos que ocuparnos con frecuencia de ella, sobre todo cuando hablemos de la Semana Santa, que Dios nos concedió pasar en este sitio tan primoroso.

Cerca del templete del Santo Sepulcro está un cuartito pequeño donde siempre hay una mesita en que los griegos tienen ceras, pan, aceite, medidas, que venden á todos los que deseen, siendo éste un verdadero comercio, y mucho hablan para poder realizar.

Un poco antes de este sitio, está la habitación de los armenios cismáticos. En frente del Santo Sepulcro, ó más bien dicho, de la capilla del Angel, que es por donde se penetra á este benditísimo lugar, se establecen los Padres Franciscanos diariamente para cantar la misa que á las siete en punto se celebra, pues adentro solamente se pueden colocar los tres ministros. En los lados hay una especie de bancos de mampostería, donde se puede uno colocar.

Hemos terminado, ¡ bendito sea Dios! mas los peregrinos no quieren separarse;

quisieran, cual los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, cuando el Señor se les transfigurara, al ver tanta belleza, le pidieron hiciera tres tabernáculos; *Tibi unus, Moysi unum et Elie unum*. Así pues, qué diéramos por fijar aquí nuestras moradas, mas no es posible, hay que partir y muy lejos por cierto, á la tierra de María de Guadalupe, á Méjico, nuestra patria amada.

Al salir de la puerta del templo se encuentra uno con una losa funeraria de Felipe de Auvigni.

Ya que estamos en el atrio ó plaza que se encuentra en frente, hagamos un estudio, aunque sea superficial, pues comprende lugares muy interesantes de los que es menester hacer mención.

A unos veinte metros cuadrados se reducirá su capacidad y puede llamarse célebre y digno de veneración por haber derramado ahí su sangre y muerto por la fe dos frailes franciscanos, por la tiranía de los musulmanes; á la derecha se ve una especie de campanario construido en tiempo de los Cruzados, mas en la actualidad se ve muy deteriorado; está rodeada esta plaza de diversas capillas, de las cuales nos ocupare-

mos brevemente, y en la que ya en otro lugar dijimos se forma continua ó diariamente una especie de mercado, siendo la mayor parte de los griegos ó armenios cismáticos, de suerte que un bullicio inusitado llama la atención del peregrino, y aun su paso es dificultoso por la afluencia de ambulantes.

Luego, por la parte Sur, se ve una puerta que conduce á las capillitas de Santa María Magdalena y San Juan, propiedad de los griegos cismáticos y la que fué dividida por éstos, pues antiguamente sólo era una. No tienen importancia alguna y son bien sencillas por cierto. Otra tercera viene á llamar la atención, dedicada al Apóstol Santiago, y que se comunica con las anteriores.

Sigamos ahora con la capilla dedicada á Santa María Egipeiaca, que se encuentra edificada debajo de la capillita latina de la Virgen Dolorosa. Llámase, ó dedicada está á esta santa, porque se afirma que siendo aún una gran pecadora deseaba penetrar á la Basílica del Santo Sepulcro, mas una fuerza superior é invisible se lo impedía, y entonces, presa de un gran sobresalto, comprendió, ó Dios le dió á entender, que era

necesario que cambiara de vida. Encomendóse á una imagen de María Santísima que se hallaba colocada sobre la puerta y resolvió así verificarlo.

Arrepintiéndose de sus pecados, los lloró amargamente é inmediatamente encontró el paso libre y pudo penetrar al interior y adorar allí en el monte Calvario la Cruz Santísima de nuestra redención, retirándose después, según se sabe por la historia de su vida, á un desierto cerca del Jordán, donde hizo rigurosa penitencia, borrando así sus antiguas prevaricaciones, desagraviando á Dios continuamente de día y de noche y siendo una gran santa que hoy en los altares veneramos, llevando esta vida de austeridades y penitencias por el espacio de treinta años. ¡Lástima y muy grande es que tantos lugares como estos, monumentos tan sagrados, estén en poder de los disidentes!

Fijándose puede verse al lado izquierdo de la fachada el lugar donde fuera martirizada la venerable María de Portugal, terciaria de la orden de San Francisco. Nada menos que quemada fué por los iniecos turcos cuando pretendía visitar el Santo Se-

pulcro. Durante algún tiempo perecíanse, según se afirma, las huellas que dejaron sus pies.

En el lado oriental del atrio pueden verse la capilla de San Miguel Arcángel, que pertenece á los coptos, los cuales, dicho sea entre paréntesis, son los que menos secueces tienen; su culto casi pasa desapercibido y su número es muy reducido. También se ve la de San Juan Bautista, que pertenece á los armenios, donde muestran una reliquia que afirman ellos es de la Santa Columna. Por último, el convento griego cismático de San Abraham mírase en este lugar, que se cree está levantado en el lugar donde antiguamente Probo, religioso benedictino hubo levantado, con anuencia del Pontífice entonces reinante, Gregorio llamado el Grande, el primer convento latino de Jerusalem, y el mismo donde más tarde, en tiempo de Carlomagno, se fundara un hospicio, provisto por los frailes de San Benito, llamado de Santa María la Latina, donde tenían hospedaje los peregrinos.

Todo desapareció en la sucesión de los tiempos, y sólo recuerdos bien tristes se conservan, encontrándose ahora en el piso

superior, pues es de altos el convento que nos ocupa, de los griegos cismáticos, y allí mismo tienen una capilla llamada de los doce apóstoles. En medio de ella se encuentra un cuadro hecho de mosaico, con un vaso de plata, en el cual continuamente están ardiendo unas velas de cera como para señalar al visitante el lugar donde se verificara el sacrificio del Patriarca Abraham, cuyo nombre le han dado. En las paredes laterales resaltan dos frescos, bien ejecutados en verdad, que representan el uno á Loth saliendo de Sodoma por aviso del Angel y el segundo el sacrificio de este Santo Patriarca Abraham.

Unos cuantos momentos más y habremos terminado. Paréceme oportuno recordar á mis lectores los pasajes bíblicos que estos primorosos frescos representan. Respecto del primero, diré tan sólo que cansado Dios, si así se me permite hablar, de tan feas iniquidades como se cometían en las cinco nefandas ciudades llamadas de Pentápolis, determinó destruirlas. Abraham, que aceptable era ante sus divinos ojos, intercedía incesantemente por ellas, alegando que por su misericordia se compadeciese de los jus-

tos y por ellos perdonara á la multitud. "Si encontrase siete justos, respondió el Señor, los perdonaré." Por fin, sin haber conseguido alcanzar el perdón, mandó Dios á un ángel que avisase á Loth, único justo que había, saliese inmediatamente de la ciudad con su familia. Sabido es que en el camino su mujer volteó la cara hacia atrás, y por justo castigo de Dios quedó convertida en estatua de sal, y Loth y sus hijos fueron salvados de la terrible catástrofe que al mundo entero conmoviera.

Ocupándome del segundo, diré: que hallándose el padre de Isaac en Bersabé, lugar distante del Monte Moria como unas dieciocho leguas, para probar su obediencia le dijo el Señor: "Toma á tu hijo único Isaac, á quien amas tanto, y anda al lugar á la tierra de visión que Yo te mostraré y allí me lo ofrecerás en holocausto." Abraham escuchó en el momento la voz de Dios, y aparejando su asno y llevando consigo á su hijo Isaac y dos criados llegaron al lugar y descargando la leña que llevaban la fueron acomodando; (me permitirá el lector que me limite nada más á lo sustancial, á fin de no ser difuso) y una vez hecha es-

ta operación, preguntó Isaac: “Y bien, padre, todo está dispuesto; ¿y el holocausto dónde ésta?” “Dios proveerá,” replicó Abraham. Atando en seguida á su hijo muy amado, lo iba á sacrificar, cuando un ángel del cielo se presentó y le detuvo la mano. “Abraham, Abraham,” le dice el Señor. “Aquí estoy,” respondió. “No extiendas tu mano sobre el niño; ahora he conocido que temes á Dios.” Lo que pasó después, el lector no lo ignorará.

Fáltanos tan sólo hacer mención de la capilla llamada de los Cuarenta Mártires, y con esto, sin algo particular de que hacer mención, hemos terminado nuestra visita á la Santa Basílica del Sepulcro.



CAPITULO DUODECIMO.

Una visita al R. P. Custodio.—Convento de San Salvador.—Iglesia ó Parroquia.—Macazinos.—Bethania.—Expedición en burros.—Caída del Sr. Canónigo Torres.—Descendimiento del Padre Daza.—Desayno en la casa de María.—Marta y Lázaro.—Sepulcro de Lázaro.—Lugar donde se paró el Señor.—Procesión.—Lugar donde Marta encontró al Salvador.—Betfagé.—Monte Olivete.—Piedra de donde el Señor subió á los cielos.—Lugar del Pater Noster.—Capilla del Credo.—Capilla *Dominus flevit*.

DIRIJAMONOS ahora á Casa-Nova para tomar nuestro alimento, hermanos peregrinos, que los RR. PP. y el *cativo* de Ventura nos están esperando. Ahora que se ofrece hablar de Ventura, recuerdo aún la ocurrencia que con frecuencia nos decía: “*Cativis Mexicani* que mata-